

EL GRAN BARBO

Una vez leí en un libro que existen historias demasiado buenas para intentar confirmarlas. Suelen ser una mezcla perfecta de un hecho cierto y algún elemento fantasioso que las vuelve irresistibles.

En mi familia, sin embargo, las historias que se han transmitido de generación en generación son, a todas luces, falsas. Para encontrar lo que realmente ocurrió habría que escarbar entre la fantasía. Durante años escuché de mi padre —una y otra vez— las mismas anécdotas, los mismos refranes, las mismas hazañas de nuestros antepasados. Igual que él las oyó de su padre, y su padre del suyo, y así sucesivamente, hasta llegar al primero de mis ancestros que comenzó esta aventura que, por fin, ha llegado hasta mis oídos.

Esta historia no empieza en Utebo. Tampoco termina allí, pues el final aún no se ha escrito. Será tarea de mis hijos continuarla. Pero la parte que a vosotros os interesa sí transcurre en esta preciosa villa. Hoy, por fin, se rompe el silencio familiar ante las mentiras contadas en una historia popular que golpea de lleno a este pueblo.

Contaba mi abuelo que su abuelo le dijo que su abuelo había sido barquero. Se decía que los barqueros eran gente extraña, y ciertamente lo eran. Llegaron a convencer al mundo de que no se podía cruzar el mismo río dos veces. Pero el abuelo del abuelo de mi abuelo cruzaba el mismo río cuantas veces quería: de orilla a orilla, y de arriba abajo, si la situación lo requería.

Lo hacía porque conocía todos los secretos que el Ebro guardaba, desde Cantabria hasta Tarragona. Aunque, siendo sinceros, se había especializado en el tramo entre Remolinos y Zaragoza. El resto, según él, le daba algo de pereza.

Esta historia comienza hace unos dos siglos, cuando Utebo y Remolinos tenían más o menos los mismos habitantes. Bueno, los mismos no, pero parecidos. Aunque, según contaba mi abuelo, alrededor de un 10 % sí que eran exactamente los mismos, pero en otro momento y en otro lugar. Ellos. claro. no eran conscientes.

EL GRAN BARBO

Para entender eso, habría que estudiar a fondo la física cuántica —y la no tan cuántica—, algo que escapaba completamente al campo de conocimiento de mis ancestros. Cuando alguien le decía al panadero: *“El otro día en Utebo me pareció verte”*, él respondía: *“Yo no he estado en Utebo en mi vida”*. Se encogía de hombros y decía: *“Pues hubiera jurado que eras tú”*.

Por eso, el abuelo del abuelo de mi abuelo no solo podía cruzar el mismo río dos veces, también era capaz de cruzar el mismo pueblo en dos lugares distintos y con nombres diferentes. Ese detalle, carecía de importancia.

El trabajo del barquero consistía en cruzar el río de orilla a orilla cargado de gente y materiales. De vez en cuando se encontraba con personajes que llevaban coles, ovejas y lobos. Una persona normal se habría negado a transportarlos todos juntos —y menos aún de dos en dos—, pero mi antepasado lo hacía.

“Tendrá sus motivos”, decía cuando su mujer o alguno de sus hijos le preguntaban.

Se cuenta que, un día en el que todo estaba tranquilo, al padre del abuelo del abuelo de mi padre se le antojó comer pan del mejor horno de Zaragoza. En aquel momento, su hijo —el padre del abuelo de mi abuelo— estaba con él, ya que debía aprender el oficio. Así que echaron a suertes quién debía ir a por el pan.

Aquí la historia se bifurca, como los ríos caprichosos: hay dos versiones, según a cuál se le quiera dar veracidad.

En una, hubo un sorteo totalmente limpio: lanzaron una moneda, y el resultado dictaminó que el benjamín de la familia debía ir a por el pan. En la otra, ese mismo benjamín —aprendiz de barquero— asegura que había dos monedas: una con cara y cruz, y otra con dos caras. Y que, de algún modo, su padre logró hacer el cambiazo justo antes de lanzarla.

En todo caso, según contaba mi abuelo, aquel joven era el mejor nadador que había conocido el planeta Tierra, y probablemente uno de los diez mejores de Zaragoza. Se lanzó al río en busca de la codiciada barra.

Además de nadar como un pez, el abuelo del abuelo de mi padre conocía unos cuantos atajos para llegar antes. Esos caminos secretos los compartía solo con su padre. De hecho, también conocía otros atajos que te hacían llegar más tarde, lo cual, aunque parezca inútil, tenía su sentido.

Había que tener cuidado con los atajos: si tomabas uno incorrecto, podías llegar tan pronto que el panadero aún no hubiese nacido. Y si llegabas demasiado tarde, el pan ya estaría duro —o el horno, cerrado. Aunque, según mi padre, hay atajos que, aun siendo más largos, merecen la pena por ser más entretenidos. Como el del chiste aquel del médico que le prohibió a su paciente comer dulces y carne. El paciente respondió: *“Más no sé si viviré, pero más largo se me hará seguro”*.

Como iba contando, el joven bajó nadando a toda velocidad entre truchas, barbos y gobios. En aquel entonces, apenas se divisaba algún siluro, a menos que hubiera tomado un atajo de los que te hacen llegar antes.

Al igual que los barqueros, los peces también conocían todos los atajos del río. Y si tenías suerte, y sabías hablar con ellos, hasta te mostraban el camino.

A la altura de lo que hoy podríamos llamar Utebo, al muchacho le entraron ganas de orinar. Salió a la orilla en una de esas curvas suaves que suele hacer el Ebro, y decidió que aquel era el lugar idóneo para aliviarse.

En ese preciso momento, alguien le llamó la atención desde la distancia:

—¿Qué haces, muchacho? ¿No hay lugar mejor para echar una meada?

—¿Mejor lugar que un meandro? —replicó él, sin cortarse.

EL GRAN BARBO

Entonces un rayo de luz lo deslumbró. Pero no podía ser el sol: el sol no estaba frente a él. La luz provenía de una torre alta, la más bonita que había visto nunca.

Su padre le había hablado de un faro que, en pleno valle del Ebro, guiaba a los barcos que habían perdido el rumbo. Imagínense la sorpresa de un capitán de navío que, por tomar un remolino equivocado, terminaba en mitad del interior peninsular.

Así contaba el abuelo del abuelo de mi abuelo que su padre llegó al valle. Pero, sinceramente, las historias de su padre nunca resultaban del todo creíbles. Nunca había visto a nadie que quisiera cruzar un río llevando consigo un lobo y una col. Pero allí estaba: majestuosa y brillante, aunque no se parecía demasiado a un faro. Al menos, no como uno se imagina un faro.

Y decidió acercarse a conocer a un viejo conocido de su abuelo, quien se había quedado allí para guiar a los nuevos marineros que llegasen totalmente perdidos. Tenía tiempo de sobra: entre Monzalbarba y Utebo existía un atajo que te hacía recuperar varias horas.

Es curioso que alguien capaz de manejar atajos temporales en un río dudase de la existencia de faros en plena ribera, pero ya se sabe: las historias increíbles solo lo son para quienes no las han vivido.

Y *andó*. *Andó*, porque era aragonés —nada de *anduviar*, decía mi abuelo—, hasta que llegó a los pies del faro, pegado a una iglesia. Tocó el portón, y desde el interior comenzaron a oírse ruidos: golpes, pasos, incluso un juramento nada apropiado para el lugar de donde venía.

La puerta empezó a abrirse con un chirrido que parecía el canto desesperado de cientos de grillos intentando advertir a Dios que alguien estaba abriendo el portón a una hora indebida.

Tras la puerta apareció un hombre de media estatura —partida por dos, debido a su joroba.

—¿Solicita asilo? —preguntó el jorobado.

EL GRAN BARBO

—Busco a un viejo marinero que llegó a estos lares con mi abuelo. Desconozco si podría llamarse Silo —respondió el muchacho.

—¿De dónde vienes, joven?

—Salí de Remolinos.

—Entiendo. ¿Y cuán viejo era ese marinero?

—Más viejo que yo y más joven que su padre.

El jorobado sonrió. No tenía dudas: solo había dos marineros en todo el valle que encajaban con esa descripción. Y si el joven era de Remolinos, uno de ellos ya lo conocía.

—Debiste haber tomado un atajo para llegar antes... al menos un año y dos meses antes. Fue entonces cuando falleció mi padre, quien me dejó encargado de guardar el sol para guiar a los marineros perdidos. Por desgracia, justo ayer por la tarde me despisté un segundo y el sol se me escapó por una rendija. Ahora, aunque sigue brillando, ya no es el faro que debería ser.

—Vaya, parece que el sol ha decidido jorobarte. ¿Sabes a dónde podría haber ido?

—Quién sabe. Quizá, harto de la soledad, ha buscado la multitud... O tal vez ha ido a algún lugar que solía visitar. Pero es muy posible que esté cerca del molino: allí hay multitud de solares.

—No se hable más. En honor a tu padre, y por su relación con mi abuelo, voy a buscar el sol para devolverlo a su torre.

Y se encaminó hacia el molino. Efectivamente, conforme se acercaba, el calor iba en aumento. Contaría a sus hijos que parecía que se hubieran dejado abiertas las puertas del mismo infierno.

EL GRAN BARBO

Pero cuando más apretaba el calor y el sol debía de estar cerca, no fue el sol lo que vio, sino una dama. La dama más hermosa que había visto nunca. Aquella mujer iluminaba los caminos mejor que el sol. Y eso, según confesó más tarde, era rotundamente falso, porque el sol no podía iluminar los caminos mejor que sí mismo.

—Buenos días, señorita. ¿No habrá visto usted al sol que se escapó esta mañana?

—¿El sol? Está ahí —respondió señalando el cielo—. ¿Acaso no es usted capaz de verlo?

—No es ese sol el que busco. Es uno más pequeño, que cabe en una torre. Hasta ayer estaba en la que tenéis aquí.

—Eso es un cuento. Solo hay un sol, y no puede ser encerrado.

Y ahí fue cuando el abuelo del abuelo de mi padre entendió que ella le estaba mintiendo. Sus ojos eran luceros del alba y sus dientes, perlas. Para el chico no había duda: lo que tenía delante no era otra cosa que el propio sol.

—Te diré lo que haremos: me tienes que acompañar a la torre. Yo tengo que hacer un recado para mi padre. Tú me esperarás allí, y entre ayer y mañana pasaré a buscarte. Mi intención era atrapar al sol, pero ha sido el sol quien me ha atrapado a mí.

—No puedo ir contigo. ¿Qué futuro me esperaría lejos de este molino?

—El mejor. Y si hace falta, vendré yo al molino. No soy molinero, pero soy remolinero.

En realidad, nada de lo que dijera el muchacho cambiaba absolutamente nada. Cuando la dama lo vio subir desde la torre, con ese porte y esa energía, ya había maquinado un plan para saltarle al paso.

—Prometo que, si vuelves, buscaremos la forma de que el sol regrese a la torre.

EL GRAN BARBO

Y con el pacto sellado, el joven volvió al río y nadó hasta Zaragoza. Nadar a favor de la corriente era lo fácil; lo difícil vendría después, cuando tuviera que volver contra ella. Habrá quien piense que lo difícil sería mantener el pan seco dentro del río, pero impermeabilizar era uno de los dones familiares.

Lo que poca gente sabe es que, debajo del Puente de Piedra —si sabes encontrarlo—, hay un túnel que lanza lo que entra hacia la zona de Alcalá, permitiendo la bajada rápida. Para un barquero, descendiente de marineros, encontrar ese camino era pan comido. Justo lo que quería su padre.

Y así, volvió a la barca muy poco después de marchar, con pan recién hecho, para gran placer de su padre. Poco placer le guardó, sin embargo, cuando el chico le dijo que iba a ser farero en la villa de Utebo y que pensaba vivir con una bellísima dama.

El camino que unos hacen, otros lo han de deshacer.

Pero las historias no ocurren de forma lineal. Suelen suceder muchas a la vez, superponiéndose, mientras uno va de camino.

Durante el trayecto que hacía el muchacho, la abuela del abuelo de mi padre contó que, en Utebo, se formó una gran algarabía.

Un campesino aseguraba haber visto una bestia en el río: un pez de tremendas dimensiones, posiblemente un barbo gigante. Tan convencido estaba, que removió cielo y tierra —bueno, tierra con Santiago— para ir a darle caza.

—¡Claro! —pensó ella—. ¿No será ese magnífico barbo el galán que ha bajado a nado el Ebro y es capaz de remontarlo el mismo día?

—¿Qué haré si me lo atrapan? —se preguntó, y en ese momento decidió que debía trazar un plan para desviar la atención.

